



TOMÁS MAZÓN SERRANO

ESPINOSA

**EL
ÚLTIMO
CAPITÁN
DE LA
VUELTA
AL MUNDO**

Tomás Mazón Serrano

Espinosa,
el último capitán de
la vuelta al mundo



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022
Mapas elaborados por Tomás Mazón para rutaelcano.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 105

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Podiprint-Málaga

ISBN: 978-84-1339-113-7

Depósito Legal: M-16840-2022

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PREFACIO.....	13
---------------	----

PRIMERA PARTE
DE QUIÉN ERA ESPINOSA,
DE LA EXPEDICIÓN A LA ESPECIERÍA Y
DE CÓMO SE CONVIRTIÓ EN SU CAPITÁN

Un joven al servicio del rey.....	23
Preparando la armada a la Especiería.....	33
La travesía por el Atlántico y el motín del Puerto de San Julián.	41
Peligros, trabajos y necesidades.....	51
La cabeza de un decapitado al rey de Brunéi.....	61
Maluco por Castilla.....	69

SEGUNDA PARTE
DE CÓMO LA TRINIDAD Y LA VICTORIA
SE SEPARAN, DE LO QUE AMENAZA A
ESPINOSA Y SUS HOMBRES, Y DE LA SUERTE
DE LOS QUE QUEDARON ATRÁS

La separación.....	79
Mucho trabajo, y mucho peligro.....	87
El tornaviaje.....	95
Arando la mar.....	105

El dramático regreso al Maluco	111
«A riesgo de cada día le degollaren».....	121
Los viajes de Pancaldo, Punzorol y «El Sordo»	133
Prisión en Lisboa y regreso a Castilla	139

TERCERA PARTE

ESPINOSA EN CASTILLA, DE CÓMO IBA A EMBARCARSE DE NUEVO A LA ESPECIERÍA, DE SU TRABAJO EN SEVILLA Y DE LO QUE VIO Y SUPO

Noticias de los demás y reconocimiento	149
Reclamando lo suyo, y en apoyo de Magallanes	159
Capitán del galeón San Antonio	169
Asienta su vida en Sevilla.....	177
Nuevas ordenanzas, mismo Espinosa.....	191

POSFACIO

Espinosa y los cronistas	203
La conexión con Guatemala.....	211
«Como no podía ser menos»	221

TRANSCRIPCIONES

A. Carta al emperador desde Cochín (India)	227
B. Concesión de escudo de armas por Carlos V.....	231
C. Carta anónima e incompleta sobre islas descubiertas en el Pacífico e Insulindia, y análisis de su atribución.....	239
D. Fragmentos de dos cartas de fray Juan Caro, desde Cochín.....	249
E. Real cédula de 30.000 maravedís anuales mientras esté suspendida la Casa de Contratación de La Coruña.....	251
F. Testimonio de Espinosa en el auto de herederos de Fernando de Magallanes	253

G. Fragmento interrogatorio a Esteban Gómez acerca de Gonzalo Gómez de Espinosa	255
H. Orden de visitación de navío.....	259
I. Fragmento del testimonio dado en auto de herederos de Andrés de San Martín	261
J. Fragmento del testimonio dado en auto de herederos del marinero Juan Rodríguez.....	263
K. Poder a Ignacio de Bobadilla para que lo represente en la petición de que su oficio pase a su hijo Ruy.....	267
L. Testimonio en Probanza de Antón Fúcar	269
M. Fragmentos proceso privación oficio visitador.....	277
Agravios del capitán Gonzalo Gómez de Espinosa.....	284
Sentencia en firme tras alegaciones.....	288
N. Fragmentos de testimonios en Guatemala.....	291
 BIBLIOGRAFÍA	 295

*Para May y para mis padres,
mis mejores ejemplos de fidelidad.*

«Si a un portugués expatriado, puesto al servicio de España, se le debe la iniciativa, a Gonzalo Gómez de Espinosa pertenece el descubrimiento y ocupación de las Molucas, y bajo su jefatura como almirante de la flota, Juan Sebastián Elcano terminó de dar la primera vuelta al mundo».

Gonzalo Miguel Ojeda,
Gonzalo Gómez de Espinosa en la expedición de Magallanes

«Porque el honor es de materia tan frágil
que con una acción se quiebra,
o se mancha con un aire».

Pedro Calderón de la Barca,
La vida es sueño

«Quiero que sepas que el caballero fue creado
para mantener la lealtad y la rectitud».

Joanot Martorell,
Tirante el Blanco

PREFACIO

Dieciocho marinos acababan de dar la primera vuelta al mundo a bordo de la nao Victoria. El momento de júbilo y alboroto inicial con el que arribaron a Sevilla, fundiendo en salvas la pólvora que les quedaba, dio paso a otro muy distinto, íntimo y de recogimiento, fruto de una promesa hecha hacía muchos meses y muchas leguas. Así, desembarcaron uno a uno de manera solemne, descalzos y con cirios en la mano, formando una humilde procesión que se detuvo ante la imagen de la Virgen de la Victoria, en el monasterio del mismo nombre, en el barrio de Triana. A continuación, cruzaron el Guadalquivir y se dirigieron a la catedral, donde se postraron ante la Virgen de la Antigua.

Después de una asombrosa navegación de siete meses desde la isla de Timor, con mucho la más larga de la que jamás se había tenido noticia, aquellos hombres, tan agotados como orgullosos, daban gracias por regresar sanos y salvos, por la deslumbrante hazaña conseguida y, cómo no, pedían por los compañeros de viaje que habían quedado atrás, tanto por los muertos como por los vivos.

Faltaban demasiados a los que, de esta forma, se recordaba con respeto. Aquel desembarco no solo fue solemne y sencillo, sino también acorde a lo que merecían presenciar los seres queridos de quienes no volvían, porque en aquellos momentos fueron muchas las personas que supieron que nunca más verían a su padre, a su marido, a su hijo, a su hermano. Otros recibieron con una mezcla de angustia y

de esperanza la noticia de que quizás su familiar consiguiera regresar más tarde, por haber quedado preso de los portugueses en las islas de Cabo Verde, o en el Maluco reparando la Trinidad, la capitana de la expedición, que trataría de regresar por el Pacífico.

Sin ninguna duda, para los familiares de algunos de los que habían quedado atrás el mayor tesoro que portaba la Victoria no era el clavo y el resto de especias guardados en su bodega, sino las cartas y objetos de sus seres queridos que les entregaron los recién llegados. Antes de iniciar su regreso en solitario desde la isla de Tidore, los de la Victoria habían esperado durante toda la mañana a que sus compañeros que iban a quedar con la Trinidad escribieran sus cartas para llevarlas a España. Eran cartas de esperanza en el reencuentro, pero escritas desde demasiado lejos, desde el otro lado del mundo. Durante la amarga despedida entre las tripulaciones de ambas naos, todos sabían de la dificultad que supondría regresar con vida. De hecho, para la mayoría, aquellas cartas fueron también las del último adiós.

Una de estas misivas provenía de nuestro protagonista, Gonzalo Gómez de Espinosa, quien había partido como alguacil de la armada, pero que, tras la muerte de Magallanes, lo terminó sucediendo en el mando de la expedición como capitán general. Había quedado en Tidore al frente de la nao Trinidad. Aquella nao, gravemente dañada, iba a precisar de largas reparaciones antes de poder hacerse a la mar de nuevo. Acuciados por la posibilidad de la inminente llegada de una armada organizada por el rey de Portugal para darles caza, todos habían estado de acuerdo en que la nao Victoria partiese de inmediato para que, al menos ellos, evitaran ser apresados. Espinosa quiso ponérselo difícil a los portugueses enviando por delante a la nao Victoria y eligiendo para los de la Trinidad un camino de regreso alternativo.

El capitán Juan Sebastián de Elcano fue quien se ocupó personalmente de portar aquella carta a su destinatario, cumpliendo el encargo que nuestro protagonista le había confiado. En ella relataba cómo había muerto Fernando de Magallanes luchando contra los indígenas de la isla de Mactán, en Filipinas.

Las fuentes históricas hacen que normalmente sea muy difícil detectar los lazos afectivos que se terminaban estrechando entre las personas, pero en el caso de Espinosa con Fernando de Magallanes encontramos no solo la fidelidad que le demostró en vida, sino también después de su muerte. Con el cumplimiento de esta promesa empezamos a vislumbrar la principal de las virtudes de nuestro capitán.

Espinosa dirigía esta misiva al suegro de Magallanes, el comendador Diego Barbosa, para quien ya eran días de luto. Su hija Beatriz, la joven esposa del capitán general, hacía solo seis meses que había muerto. A su pena se sumaba además la de la pérdida del pequeño Rodrigo de Magallanes, su nieto, fallecido hacía un año¹. Con la llegada de aquella carta, Barbosa añadió un gran pesar por la pérdida de su yerno, quien, antes de eso, había sido su amigo. La existencia de aquella carta, hoy perdida, la conocemos gracias al testimonio de uno de los criados de la familia Barbosa:

Este testigo vio una carta mensajera que dieron al dicho alcaide Diego Barbosa, que era de un Espinosa, que fue por alguacil de la dicha armada, en que le hacía saber de la muerte del dicho Hernando de Magallanes².

Espinosa tuvo además el bonito detalle de hacer acompañar aquel triste escrito de un pequeño regalo para Diego Barbosa, que también Elcano le entregó. Se trataba de una bolsa que contenía clavo, la especia de la que la nao Victoria había venido cargada, y «un penacho», que debía tratarse de algún tipo de artesanía local de las islas Molucas. Así lo asentaron los oficiales de la Casa de Contratación de Indias en uno de aquellos libros

¹ Rodrigo murió en septiembre de 1521, según los testimonios recogidos en *Autos de Jaime Barbosa y sus hermanas con el fiscal, sobre la reclamación de sus derechos como herederos de Fernando de Magallanes, capitán general de la Armada a la Especiería*, A.G.I., Patronato, 36, R.2, folios 88 y siguientes.

² El criado se llamaba Gonzalo Díaz de Morón, y su declaración se encuentra en el mismo documento referenciado anteriormente, en su folio 48v.

en que todo lo anotaban y que, afortunadamente, ha llegado a nuestros días:

Entregó el capitán [Elcano] una haba pequeña en que van clavo limpio y un penacho, que se lo dio el alguacil Espinosa para el alcaide Diego Barbosa³.

Mientras los supervivientes de la nao Victoria pedían a la Virgen por sus compañeros, el capitán Espinosa y sus hombres de la nao Trinidad se encontraban al otro lado del mundo, navegando en el océano Pacífico en una situación absolutamente dramática y desesperada. Muy lejos de cualquier parte, no había nadie más aislado que aquellos hombres, con menos posibilidades de recibir ayuda, y a la vez más necesitados de recibirla.

Una vez consiguieron reparar su nao, en vez de seguir la estela de la nao Victoria habían optado por dirigirse a Panamá, única costa de América conocida entonces en el Pacífico. Sabían que, si lograban llegar hasta allí, obtendrían ayuda de otros españoles y en adelante todo resultaría mucho más fácil. Era una apuesta lógica, con todo el sentido, puesto que además conocían a Andrés Niño y Gil González Dávila, los capitanes de una armada que había zarpado hacia allí a la vez que ellos, con muy pocos días de diferencia, desde Sanlúcar de Barrameda.

Estos habían acarreado por tierra a través del istmo de Panamá tres naves desmontadas con las que explorarían las costas del Pacífico. Siguiendo esa misma idea, pero en sentido inverso, los de la Trinidad podrían cruzar por tierra toda su carga y pertrechos hasta la costa Atlántica, y continuar viaje hasta España en otras naves con la normalidad por entonces habitual. Ese era el plan.

Sin embargo, su apuesta estaba saliendo mal. Al adentrarse en el océano Pacífico encontraron vientos contrarios y, para tratar de esquivarlos, se dirigieron al nordeste, desviándose de su camino. Con muy pequeños avances cada día se mantuvieron firmes en

³ En *Libro copiadador: Armada de Fernando de Magallanes*, A.G.I., Contratación, 5090, L.4, folio 83r.

su propósito mucho más tiempo del que habría sido razonable, intentando dar ocasión a que aquel viento se tornara al fin en favorable, demostrando así una inquebrantable perseverancia.

En este empeño compartieron la misma intuición que, 43 años más tarde, siguieron los primeros que lograron completar con éxito esta difícil travesía. El principal de aquellos hombres se llamaba Andrés de Urdaneta, y sus extraordinarias cualidades y experiencia lo convirtieron en el mejor cosmógrafo de su época. Quizá algo tuvo que ver en ello que en su juventud había tenido como maestro a Juan Sebastián de Elcano. Llega a resultar conmovedor comprobar la mala suerte de los de la Trinidad, cuya derrota en el Pacífico se superpone con la seguida por Urdaneta en los mismos días del año y misma región geográfica en la que a este le rolaron por fin los vientos que le empujaron hacia América.

No fue así para Espinosa y sus hombres, que pasaron de largo por aquella zona bajo los mismos vientos contrarios que les venían acompañando casi desde el primer momento. Haciendo gala de un extraordinario coraje se mantuvieron en esta situación nada menos que cinco eternos meses en los que, con un enorme desgaste, consiguieron alejarse del Maluco unos 6.600 km, hasta alcanzar los 42 grados de latitud norte. Se trataba de una gran distancia pero de nada les servía porque, para su desgracia, hasta la costa de América les restaba todavía una eternidad.

Fue entonces cuando les sobrevino una larga y devastadora tormenta que dejó gravemente dañada a la nao, la cual perdió los castillos de proa y popa, y a la tripulación no solo enferma sino también sometida en adelante a unas condiciones de vida a bordo absolutamente intolerables, sin techos bajo los que guarecerse. Bajo esta situación, el capitán Espinosa se vio forzado a adoptar la decisión que desde hacía tiempo la razón le imponía, pero su corazón le negaba: renunciar a seguir avanzando. Así, ordenó finalmente dar la vuelta y poner rumbo de nuevo hacia el Maluco.

La isla de Tidore quedaba ahora muy lejos y el regreso hasta ella, con una tripulación agotada, enferma y desesperanzada iba a suponer un esfuerzo titánico al que la mayoría no sobreviviría.

Hasta aquel día de septiembre en que dieciocho de sus compañeros alcanzaban la gloria, sumaban seis compañeros muertos. Otros veinticinco más perderían la vida antes de lograrlo.

Y ¿quién era Gonzalo Gómez de Espinosa? ¿Por qué sus compañeros confiaron en él y lo eligieron capitán general? ¿Qué llevó a un misionero en India a escribir al emperador para elogiarlo, o a ser nombrado heredero por un lombardero alemán? En resumen, ¿qué tenía de especial? Las respuestas a todas estas preguntas, como iremos comprobando, convierten a Gonzalo Gómez de Espinosa en alguien a quien merece la pena conocer.

PRIMERA PARTE

DE QUIÉN ERA ESPINOSA,
DE LA EXPEDICIÓN A LA ESPECIERÍA Y
DE CÓMO SE CONVIRTIÓ EN SU CAPITÁN

UN JOVEN AL SERVICIO DEL REY

Espinosa de Los Monteros no era un lugar como los demás. La guardia real nocturna que constituían los llamados monteros de cámara, los hombres de armas que se ocupaban de vigilar que nadie accediera a la alcoba donde dormía el rey de Castilla, solo podían proceder de esta villa. Era un privilegio reservado en exclusividad a los nacidos en ella, que les venía desde muy antiguo y se mantuvo vigente hasta el siglo XX.

Los orígenes de esta ancestral tradición se remontan nada menos que al año 1006, cuando Sancho García, conde de Castilla, instauró este cuerpo de guardia —fue conde, y no rey, porque Castilla no se constituirá como reino hasta unos años más tarde, en 1065—. Según cuenta la leyenda, lo hizo para premiar a un escudero espinosiego que le había descubierto una traición urdida contra él.

Pertenecer al cuerpo de monteros de cámara era por tanto un honor reservado a hombres de armas de Espinosa de los Monteros, y su cometido conllevaba estar dispuesto cada día a matar o morir por su rey. No era algo propio de pusilánimes, sino de personas revestidas de un alto sentido del deber y del honor, de buenos soldados, leales hasta las últimas consecuencias y con la determinación y fuerza necesarias para entrar en acción en cualquier momento y circunstancia. Nuestro capitán se crió rodeado de esta clase de hombres e, indudablemente, su personalidad quedó impregnada por sus altos valores.

Si visitamos esta villa del norte de Burgos, encontraremos todavía calles que nos trasladan a aquellos últimos años de la Edad Media que vieron nacer a Gonzalo Gómez de Espinosa, y cuyos palacios y casas solariegas nos evocan un magnífico pasado repleto de historias que contar.

No es mucho lo que sabemos acerca de la familia de nuestro capitán. De sus padres conocemos los nombres, Rodrigo Gómez de Espinosa y Marina González. Con certeza tuvo un hermano llamado Pero, o Pedro, y quizá también otro llamado García. No era más que un niño en aquel 1492 que trajo el paso a la Edad Moderna, con el final de la Reconquista por los Reyes Católicos y el descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón. Le tocó por tanto vivir uno de los períodos más apasionantes de la historia de la humanidad y más prolífico en grandes viajes de exploración. Cualquier persona impregnada de espíritu aventurero habría deseado vivir en aquella Castilla que ya empezaba a llamarse España, que se disponía a rellenar los espacios vacíos del mapamundi.

Aquellos viajes precisaban de gente experta en navegación, marinos dispuestos a enfrentarse a largas travesías oceánicas, de constructores navales que a la vez fueran herederos de técnicas tradicionales y estuvieran dispuestos a innovar y a introducir mejoras que permitieran a los navíos soportar cada vez mayores retos, pero también de personas que pudieran ofrecer protección allá donde no fueran bien recibidos. Este último fue el caso de nuestro protagonista, educado en el dominio de las armas y en el arte de la guerra.

La carencia de datos archivados, cronística o bibliografía en que basarse para indagar en sus primeros años hace que nuestro punto de partida sea prácticamente el cero absoluto, como por otro lado es de esperar respecto de alguien que vivió hace cinco siglos. Navegaremos, pues, en la oscuridad aunque, siendo prudentes, quizá encontremos alguna luz entre estas tinieblas.

Para poder abordar esta primera etapa de su vida es necesario que nos ayudemos de documentos posteriores, de los que podremos extraer pistas realmente interesantes. Cronológicamente,

El 8 de septiembre de 1522 desembarcaron en el puerto de Sevilla dieciocho hombres famélicos y agotados que acababan de dar la primera vuelta al mundo. Ese mismo día, un puñado de miembros de esa misma expedición se encontraba a miles de kilómetros en medio del Pacífico, luchando por salvar la vida, bajo el mando de Gonzalo Gómez de Espinosa. Pero, ¿quién era ese tal Espinosa? ¿Un hombre de armas que no temía ensuciarse las manos? ¿Cómo se convirtió en el sustituto de Magallanes y en pieza clave para llegar a las islas de las Especies atravesando el hemisferio castellano? ¿Qué lo hacía especial?

Tomás Mazón lo ha hecho de nuevo: después de narrarnos con pericia y entusiasmo la gesta heroica de la primera circunnavegación en *Elcano, viaje a la historia*, nos ofrece esta biografía, fruto de un estudio exhaustivo, de uno de los personajes más relevantes de la expedición y, sin duda, uno de los más carismáticos y fascinantes. Un perfil escrito de alguien a quien los libros de historia han pasado por alto inmerecidamente. Hasta ahora.

Espinosa, el último capitán de la vuelta al mundo cuenta la vida entre mares revueltos y tierras salvajes de un hombre fiel a su rey, a su patria, a sus compañeros y a sus amigos. Un hombre que representa una virtud: la de guardar las promesas. Este libro también las guarda.



ISBN: 978-84-1339-113-7

